

Jóvenes de acción con sentido. El espíritu sobrenatural en el Padre Ayala

LAURA SANTOS FERNÁNDEZ

Son muchas las teorías, tanto defensoras como detractoras, de lo que hemos acertado en llamar “liderazgo”; se trata de un concepto que, de tan manido, se nos puede antojar como esas *flatus vocis* que visten mucho y poco tienen de envidia o importancia pero, si algo parece que se ha vuelto del todo patente en la actualidad, es que esta sociedad, este mundo andan necesitados de hombres y mujeres de influjo pero, sobre todo, de acción.

El Padre Ángel Ayala fue uno de ellos, y su visión preclara de lo que la Iglesia y Cristo espera de nosotros, posibilitó esa profunda reflexión sobre la acción que supone su célebre obra *Formación de Selectos*. Son muchas las interpretaciones a las que se ha prestado este “selectos”, muchas de ellas virando hacia una visión elitista en lo social o intelectual pero nada más lejos de la realidad. Selecto es el que presenta ciertas prendas que le proponen como un posible altavoz de la Buena Nueva, de la palabra de Cristo pues, de igual manera que “el verbo se hizo carne y acampó entre nosotros”, también nosotros en nuestra experiencia y vida cotidiana estamos llamados, como dice San Pablo, “no a predicarnos a nosotros mismos, sino a predicar a Dios”.

Son tres los ejes que atraviesan lo que Ayala define como selecto: el talento, el juicio y el Espíritu Sobrenatural. El hombre de talento “es el que discurre bien y pronto”, tiene “una clara visión del ideal” pero, como antes se dijo, no es suficiente con ello, como decía W. Blake: “El que desea y no actúa, sólo engendra pestilencia”. Ayala hace un verdadero llamamiento a la acción, a la vida en su sentido más práctico, que no pragmático, a la vida como vivencia, como la plasmación de nuestro proyecto vital. La vida de lo cotidiano

como destacaba Ortega y Gasset, la vida como el entramado de circunstancia histórica pero también de circunstancia íntima y personal. De la misma manera que Dios se encarna en Cristo para mirar a los ojos a la humanidad y así, no solo comunicar o decir su mensaje, sino vivirlo, ponerlo en acción hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte, nosotros estamos llamados a predicar la palabra de Dios. De un selecto se dice que tiene juicio cuando “sabe encontrar los medios para llevar a cabo su idea final”. Y es que, así debería ser la vida de un Selecto, hombres y mujeres cuyas prendas intelectuales (el talento) y prácticas (el juicio) adquieren su sentido cuando se alinean en pos del fundamento, principio, causa y fin (alfa y omega) de nuestras acciones y, en resumen, nuestra vida: el Espíritu Sobrenatural.

¿Qué es el Espíritu Sobrenatural? El sentido en tanto que dirección y el sentido en tanto que fundamento de nuestra existencia; el “por qué” y el “para qué”, lo que hace que la vida no sea la suma lineal de una sucesión de días sino más bien un proyecto cuyas raíces y frutos coinciden pues, vivir en la palabra de Cristo es la firme raíz de nuestra vida y sus frutos no pueden ser otra cosa que las consecuencias del testimonio de toda una vida cristiana. El Espíritu Sobrenatural, como la felicidad, no es una meta o un bien menor que satisface un deseo concreto, es más bien, como decía Aristóteles, una actividad cuyo disfrute se aviva en cada buena acción y decisión y que, por lo tanto, satisface a cada momento; tales son las bondades de “beber de la fuente que nunca se agota”.

Ayala nos dirá que, si tenemos que elegir entre un hombre con especial talento y un hombre con especial juicio, deberíamos, sin duda, elegir hacernos acompañar por el último pues, es el hombre de juicio el que no queda atrapado en el discurrir o teorizar inertes, ya que su objetivo es actuar. Y ese actuar implica tener lo que nuestro autor define como “un fuerte sentido de la realidad”, sólo aquel que sabe en qué entramado histórico, ideológico y vital se desarrollan los acontecimientos con los que pretende lidiar, tendrá la intuición y el Juicio para decidir qué tipo de acciones debe llevar a cabo para así conseguir el ideal que, desde su talento, sabiamente ha discernido.

El hombre de juicio, hace. Pero, la acción sin sentido se convierte en un ejecutar yermo que alimenta este mundo devorado por la prisa donde se impone el negocio como la negación del ocio, generando una sociedad que, en una continua obsesión por la producción, cercena la posibilidad de la creación de espacios para la reflexión y la oración. Debemos hacer, hacer, hacer... **estar ocupados, producir... pero ¿por qué? ¿Para qué? ¿Por qué puede querer un joven ser bueno académicamente? ¿Por qué debe un joven res-**

petar a su pareja en un noviazgo consagrado al amor puro? ¿Por qué debe un joven cuidar su modo de hablar o presentarse ante los demás?

Un joven de acción y con sentido representa el perfecto equilibrio entre lo especulativo y lo práctico, lo teórico y lo fáctico... nada bueno trae la obsesión por una idea que nos hace ver gigantes donde tan sólo hay molinos, ni es recomendable entregarnos a lo prosaico de la vida escuchando, en último término, únicamente lo que la panza exige. Selecto es el que sabe llevar a cabo este equilibrio quizá "cervantino" y esto, sólo puede conseguirse si uno tiene claro el "por qué" y el "para qué" de su acción. Es entonces cuando es preciso preguntarse: ¿cuál es el sentido de mi vida, de la vida? Y quién iba a decir que, en tiempos de tecnología, eficacia y productividad, ese eje vertebrador, ese sentido o fundamento no sea otra cosa que el amor, el amor que profesamos por aquél que nos creó, como sólo el padre que ama a sus hijos les crea: proporcionándoles unos dones (el entendimiento con ocasión de su nacimiento y la gracia con ocasión del sacramento del bautismo) gracias a los cuales poder hacer, de su libre albedrío, una verdadera obra de entrega.

El Espíritu Sobrenatural es ese horizonte sobre el que se proyectan nuestras acciones más allá de su posible objetivo inicial y concreto, saberse creación amorosa en un auténtico derroche de entrega, hace de nuestras vidas particulares una suerte de líneas que dibujan un compartido punto de fuga en este curioso lienzo que llamamos vida. Un entramado de perspectivas, al más puro estilo de Ortega y Gasset; perspectivas de vivencias particulares que tienden a la única verdad posible, la verdad revelada pues, al ser Cristo la verdad, el camino y la vida, es imposible vivir una vida digna y auténtica sin que ese sendero nos conduzca irrevocable y felizmente a Dios.

Somos importantes, somos deseados y queridos, no somos fruto de una cadena evolutiva guiada por el puro azar... eso implicaría vivir sin fundamento, vivir en el abismo y, si es cierto que, aunque la sensación de abismo acaso ha dado lugar a reflexiones profundas, no es posible vivir en el abismo, no es posible habitar tal brecha henchida de sinsentido. Una vida sin sentido no es concebible, toda vida tiene un cierto sentido, por eso se hace necesario valorar qué sentido y en qué sentido estamos viviendo pues, ya lo dijo G. K. Chesterton: "cuando el hombre deja de creer en Dios, puede creer en cualquier cosa". Si el sentido de nuestra existencia no es Dios, ¿qué hemos "decidido" que lo sea? ¿Puede el ser humano ser el único sentido del ser humano? ¿Es capaz el hombre de dotar de sentido su propia existencia? Toda vez que se ha ensayado esta suerte de "giro antropológico" tan recurrente en lo que llamamos Historia, la humanidad no ha podido más que reconocer, con recuperada humildad, que la razón (cuando se equipara al puro cálculo y

al discernir desnudo y formal), tan solo puede “crear monstruos” como un tal Goya, blanco sobre negro, nos sugería. Acaso lo que se reconoció como “los fracasos de la razón” deba invitarnos a reflexionar en la precisa y preciosa dirección que nos propone Mahler cuando afirma que “la tradición no es adorar las cenizas sino mantener viva la llama”. Y es cierto que genera un brutal desasosiego saber que el hombre intuya y tenga necesidad de un sentido de la vida y que, por otra parte, sienta la impotencia de no poder vislumbrarlo desde su naturaleza corpórea. Cómo es posible que esta naturaleza humana sea, a la vez, motor y límite, es algo que Kant, culminación de aquel “giro antropológico” que cristalizó en la Ilustración, no pudo negar cuando nos dice “dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: el cielo estrellado sobre mi y la ley moral en mí”. Incluso el paladín de lo que se llamó “el siglo de las Luces” reconoce que hay límites que la razón (entendida como la capacidad de hacer ciencia formal) no puede traspasar pero que, estas cuestiones están tan profundamente arraigadas en la naturaleza humana que quizá esa “todopoderosa” razón, no pueda abrazar en qué consisten Dios, el alma o el Mundo. Baste, frente a la dilatada disertación que se lleva a cabo en *La crítica de la razón pura*, el último verso de la sobrecogedora *Hombre* de Blas de Otero: “Ángel con grandes alas de cadenas”.

¿En qué se traduce para mí que la vida tenga sentido y que ese no pueda ser otro que Dios? Esto le dice un lúcido Tío Ben al joven Peter Parker: “Tener un gran súper-poder, conlleva asumir una gran responsabilidad”. Tenemos el poder y la responsabilidad de ser altavoces de Dios, del mensaje de Cristo, de la Buena Nueva... **Sólo así cada una de nuestras acciones conforman**, no una suma caótica de acontecimientos, sino los pasos necesarios hacia aquél que nos creó porque, cuanto más cerca estamos de él, más cerca estamos de nosotros mismos, del mundo, de los demás. Esto, y no otra cosa, es vivir: llevar a cabo las acciones necesarias para reencontrarnos con él en un camino que dura toda una vida, iluminando los pasos de los que aún no son capaces de entender y sentir que, si la vida tiene sentido, es porque formamos parte de un plan de profunda entrega y amor.

El “Espíritu Sobrenatural” es un don, una prenda... pero también una habilidad que se puede trabajar, mejorar, desarrollar. Bastaría con tener ese fuerte “sentido de la realidad” que Ayala nos propone pues cada uno de los pedazos de mundo real con el que nos tropezamos día a día, no son más que signo de la creación de Dios, pero también se hace necesario un encuentro íntimo con uno mismo, una introspección a lo más profundo de nuestra alma pues, entre todas nuestras preocupaciones, deseos, frustraciones aspiracio-

nes... en último término nuestra alma no puede hacer otra cosa que reconocer a Dios, reencontrarse con Dios. Ese y no otro es el sentido y significado de la oración, de la religión, religarme, recuperar, recorrer el vínculo que me une a aquel Ser que me creó y que, por lo tanto, ha dotado de sentido mi vida. En estos tiempos de “mindfulness”, ya San Agustín, ajeno a los que exigían demostraciones patentes y racionales de la demostración de la existencia de Dios, reconoció que ésta sólo acontecerá cuando encontremos ese momento de intimidad en el que hallaremos la presencia que de Dios hay en todos y cada uno de nosotros.

Podemos ser hombres y mujeres de Talento, hombres y mujeres de notable juicio... eso equivaldría a contar con grandes prendas o dones en nuestros bolsillos pero, ¿de qué sirven si no sé quién soy, qué se espera de mí o hacia dónde dirigir mis pasos?

Tal es la grandeza de contar entre nuestras prendas con el Espíritu Sobrenatural.